ITALIA: ALMODÓVAR, LA DISTANCIA Y EL TÓPICO

Rubén Amón

El flujo cultural entre España e Italia se resiente paradójicamente de la confusión que implica la divulgación mayúscula del castellano. Es decir, que los «consumidores» italianos interpretan como españoles muchos de los fenómenos creativos que acontecen en Latinoamérica y que se confunden en los escaparates indiscriminadamente.

La perspectiva beneficia la ruptura fronteriza de ultramar tanto como restringe el vínculo bilateral, porque es el peaje de una lengua en expansión frente al aislamiento inevitable del italiano.

Los emigrantes *tricolori* de Argentina, por ejemplo, han perdido la referencia de la lengua materna, de modo que el español se contempla desde Roma con cierto asombro y envidia.

¿Por qué ha desaparecido el italiano y ha prevalecido el español? Más allá de las diferencias históricas y del peso colonizador que han ejercido ambos países, prevalece una cuestión diferencial de mentalidad superviviente.

Digamos que el sujeto italiano tiende a transformarse, a mimetizarse allí donde establece el campamento, mientras que el español y el hispano convierten el idioma en una seña de identidad innegociable. Sirva como ejemplo la resistencia de los mexicanos a aprender inglés en Estados Unidos, sin distinción entre las viejas y las nuevas generaciones.

Un fenómeno que el inevitable Samuel Huntington contempla como el síntoma identitario y expansivo que anticipa la hipotética desaparición del tipo anglosajón, blanco y protestante. Mientras tanto, la lengua italiana se deja colonizar con la moda chic de los anglicismos, los galicismos y los términos españoles; estos últimos relacionados con el impacto del folclore latinoamericano (salsa, merengue, etc.) o con los símbolos de la realidad cultural española.

Pongamos como ejemplo la «movida» de Pedro Almodóvar, cuyo pedestal entre los iconos de los italianos no puede compararse con las melodías efímeras de Jarabe de Palo ni con la credibilidad literaria de Javier Marías. El director manchego, en efecto, ha consolidado su espacio desde mediados de los años noventa, cuando Francia ya lo había nacionalizado y cuando Almodóvar sacudía la rigidez de la sociedad italiana; hasta el extremo de que los censores de Roma prohibieron la divulgación de los carteles originales de *Carne trémula* por considerarlos demasiado obscenos, agresivos y envenenados.

El filtro no ha impedido la consagración de Almodóvar. Al contrario, ha subrayado su papel de *enfant terrible* y de transgresor. Calificativos de otros tiempos que Italia identifica con el progreso de una sociedad ágil y flexible. Es verdad que los diarios y los informativos de televisión mencionan con empeño el latiguillo de la *cattolicessima Spagna*, pero se trata de una frase hecha que naufraga en las aguas del laicismo y de la apertura social.

Mucho más ahora que los italianos asisten con estupefacción y sorpresa a las reformas de Zapatero. Incluidos los matrimonios entre homosexuales y la simplificación del divorcio, impensables en la Italia del siglo XXI porque el ojo crítico del Vaticano, instalado en el oráculo de San Pedro, supervisa la política nacional gobierne quien gobierne en Palazzo Chigi.

La admiración al nuevo presidente español se ha traducido en el documental antiberlusconiano de Sabina

Guzzanti. Se titula *Viva Zapatero* en clara alusión al *Viva Zapata* de Elia Kazan y Marlon Brando, pero también porque el heredero de Aznar en el Palacio de la Moncloa se ha convertido en una referencia de culto en la desnutrida izquierda, naturalmente sin entrar en materia ni en las profundidades de la ejecutoria personal.

De hecho, buena parte de la recíproca admiración entre españoles e italianos proviene de conocernos poco y de encontrarnos relativamente lejos. Sucede en el ámbito de las relaciones culturales tanto como ocurre en el plano estrictamente sociológico.

Así se explica la persistencia de los tópicos y la proliferación de estereotipos accesorios. Unas veces para sublimar el *sex symbol* de Natalia Estrada, que baila flamenco como una turista japonesa. Otras, para solazarse con el colectivo mercenario del Real Madrid, cuando no para exaltar la mitología vacacional de Ibiza.

La mediación voluntariosa de Fernando Savater colabora a acortar las distancias con sus libros de ética y de caballos de carreras, pero las relaciones bilaterales se resienten de torturas recíprocas tan incorregibles como el culto común a Raffaella Carrà, Julio Iglesias y Eros Ramazzotti.

En cambio, las cuestiones de fondo se analizan con extraordinaria ligereza. Hemos leído en algunos diarios italianos hablar del separatismo vasco como si Euskadi fuera el Kurdistán, igual que hemos oído decir en la televisión que ETA hubiera sido incapaz de poner las bombas de los trenes porque semejante atrocidad no formaba parte de sus presupuestos libertarios. Quizá ha llegado el momento de reconciliarnos en la verdad y de relacionarnos lejos del topicazo. Italia no se construye sobre los pilares de la mafia ni de la *pizza*, como España tampoco es la reserva europea del jolgorio. Se me ocurre una idea: empecemos por organizar una hoguera arrojando los discos de Laura Pausini y hagámoslos arder con las rancheras de Plácido Domingo.

En el fondo, este artículo es un ejercicio de autocrítica. Yo mismo, corresponsal de *El Mundo* en Roma durante siete años, he incurrido en los errores de superficialidad y de frivolidad que les reprocho a los colegas italianos. Será porque el periodismo no está en posición de analizar las cosas en profundidad o porque es más fácil escribir lo que los lectores esperan. ■

Rubén Amón ha sido corresponsal en Roma del periódico español *El Mundo*.